

La investigación científica: UN NUDO GORDIANO

Técnica no es investigación

Es muy fácil que el honesto ciudadano confunda las cosas. De la ciencia sólo le alcanzan algunos resultados gráficos que, como mucho, aprende a manejar. Muy raramente le preocupa la conexión entre esos subproductos técnicos y la aventura del pensamiento humano. A través de la tupida malla de la tecnología, la labor del pionero científico es apenas visible. El ciudadano supone que en algún lugar debe haber "sabios" y "genios". Pero en la lejanía no acierta a distinguir entre el verdadero descubridor de estructuras y el simple inventor de aparatos.

La distancia entre la vanguardia y la retaguardia de la ciencia—me refiero a la investigación "pura" y a la tecnología—se complica además con el desfase entre países adelantados y atrasados. Muy pocos rincones del planeta escapan hoy a las aplicaciones tecnológicas. Pero, en el otro extremo, tampoco son numerosas las Sociedades que tienen puesto en marcha su propio mecanismo investigador, lo que sólo ellas pueden hacer rentable, explotándolo en gran escala. Para la mayor parte de los humanos, el vínculo "investigación-extranjero" es inevitable. A ellos les corresponde sólo el papel pasivo: contemplar, consumir o padecer los resultados del avance científico.

Investigar: un imperativo equivoco

Pero algún día hay que ponerse a la altura de las circunstancias y empezar a imitar mal y con prisas lo que quizá se despreció. La desorientación resulta ser la herencia más espantosa del tiempo perdido. A la desesperada hay que hacer "algo": investigación o lo que sea. Sin embargo, un problema de tantas dimensiones no se resuelve a tientas ni con medidas de emergencia. Y lo peor de todo es que el equivoco, la frivolidad y la chapucería pueden embrollar más las cosas y estropear nuevamente un tiempo precioso.

La torpeza mayor consiste en reducir acomodaticiamente el problema a su faceta más espectacular—que es la cuantitativa—, olvidando el papel dominante de las condiciones cualitativas o estructurales. Encontramos aquí la fatal confusión entre crecimiento y desarrollo, o entre acumulación y organización. Lo cierto es que de poco sirve hacer acopio de recursos y desplegar una laboriosidad aturrida, cuando lo primordial es construir un mecanismo capaz de mantenerse en marcha.

La resistencia al cambio

La simplificación se "justifica". Permite la grata ilusión de reducir el problema a una caricatura aritmética—allegar y redistribuir fondos y personal—, mientras que el enfoque global exigirá crudamente cambios trascendentales y decisiones políticas comprometidas.

Admitámoslo: asignar un espacio vital a la investigación científica implica un reajuste de todas las estructuras sociales engranadas con ella, porque no es ni factible ni deseable que la ciencia vegete dentro de una campana neumática. Para empezar, hay que liberar la imaginación y descomprimir la crítica con todas sus consecuencias.

Ahora, como eso parece temerario, es más probable que se opte por la campana neumática, para lo cual hay dos recursos opuestos y complementarios. O bien se promueve la ciencia con un espíritu de pompa y ostentación, desligándola de la práctica, o bien se la atosiga y encadena a un utilitarismo miope e impaciente. Los dos medios son buenos para enquistar y neutralizar un asunto explosivo.

El atolladero

Pongámonos en el mejor de los casos. La cuestión del despegue no dejará por eso de ser ardua. Un texto alemán nos previene: "La doctrina materialista del cambio social y de la educación olvida que las condiciones son cambiadas por

hombres y que el educador mismo ha de ser educado." Por tanto, la investigación científica no surgirá milagrosamente del vacío, sino de unas condiciones históricas muy determinadas. Y cuando consta que esas condiciones le han sido crónicamente hostiles en un lugar, podemos temer con Machado que "El vano ayer será una mañana huero".

La fantasía ofrece un medio para olvidar el peso terrible de la Historia. El sortilegio consiste en presentar como "investigación científica" una mezcla indigesta del atavismo docente y erudito con la más pedestre rutina tecnológica. Es muy humano querer concebir y presentar lo inédito bajo las formas de lo conocido. Sólo que, pretendiendo hacer indoloro el cambio, se acaba por frustrarlo. Desconfiemos de los improvisadores que saltan de lo demasiado difícil a lo vergonzosamente fácil.

La apertura

Hace veintidós siglos que se dijo: "Dadme un punto de apoyo y yo moveré el mundo." Mientras no aborden esa dificultad esencial, los países reza-

gados emularán la simpática hazaña del barón de Münchhausen, que, atrapado en un matorral, pugnaba por salir de él tirándose de las orejas.

El físico sabe que el punto de apoyo debe ser exterior. Tratándose de la investigación, es natural que consista en una apertura al Extranjero. Y eso supone, en nuestro caso, romper la tibetización intelectual decretada hace cuatrocientos años. Sólo abriéndonos podremos establecer intercambios expeditos con el exterior, en las dos direcciones. Porque, durante nuestro confinamiento, no ha habido más "intercambio" posible que la emigración de los investigadores. La apertura tendrá otros efectos saludables, como el de poner fin a un "incendio cultural" que trae aparejada la degeneración.

La gran alternativa

La investigación científica no puede desarrollarse plenamente sino en una sociedad dinámica y despierta, y como vanguardia del progreso total. Sería contradictorio movilizar las inteligencias al mis-

Lluís V. ARACIL

mo tiempo que se adormecía masivamente la conciencia social con ese sucedáneo estéril de la imaginación que es la fantasía. Además, las restricciones mentales cortarían de raíz el arranque innovador. Y si continuamos aislándonos, lo que conseguiremos será aumentar la emigración intelectual que nos empobrece y aumenta cada vez más nuestro atraso relativo.

Ni las reticencias diluyen los problemas, ni los atajos efectistas cortan los círculos viciosos. El asunto requiere delicadeza en el planteamiento y energía en las decisiones. La fórmula inversa sería desastrosa. Para innovar de veras hace falta romper muchas trabas que acaso sean poderosas, aparte de entrañables. "A la guerra, como a la guerra", dicen en Francia en situaciones semejantes.

Ahora habría que pasar revista a los obstáculos que frenan el progreso, sin olvidar que siempre queda abierta una apetecible alternativa: la regresión.